

DÍA 26: ESPERANDO EN DIOS EN SANTA EXPECTATIVA

Mas yo pongo mis ojos en Jehová, espero en el Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá. (Miqueas 7:7.)

¿Habéis leído un librito titulado «Rincones de expectativa»? Si no lo habéis leído, procurad leerlo: hallaréis en él uno de los mejores sermones sobre nuestro texto. Se nos cuenta en él, de un rey que tenía preparada una ciudad para que residieran en ella sus súbditos pobres. En la ciudad había grandes depósitos o almacenes, llenos de pro-visiones para satisfacer sus necesidades. Bastaba con hacer peticiones para obtener las provisiones. Impuso, sin embargo, una condición: que habían de esperar la respuesta, de modo que cuando los mensajeros del rey les entregaran la respuesta a sus peticiones, debían estar esperando y prepara-dos para recibirla. Se cuenta de un súbdito que se hallaba muy desanimado y que no esperaba obtener lo que había pedido porque se consideraba indigno. Un día le llevaron al almacén del rey, y allí, para su gran sorpresa, vio que había gran número de paquetes hechos y enviados a su nombre y dirección. Había el vestido de la alabanza, el óleo del gozo, el unguento de... todo lo que se podía pedir. Los habían llevado a su casa pero habían hallado la puerta cerrada; no estaba esperando. A partir de entonces aprendió la lección que enseñó entonces Miqueas, y que nos enseña hoy todavía. «Pongo mis ojos en Jehová, espero en el Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá.»

Hemos dicho más de una vez: El esperar una respuesta no es el todo de la oración, sino sólo una parte. Hoy queremos aceptar esta bendita verdad de que es una parte, y una parte muy importante. Cuando tenemos peticiones especiales en relación con lo que estamos esperando en Dios, nuestro esperar debe ser definitivamente en la confiada seguridad de que: «El Dios mío me oirá». La expectativa gozosa y santa está en la verdadera esencia del esperar. Y esto no es sólo con referencia a las muchas requisitorias que cada creyente tiene que hacer, sino más especialmente a la gran petición que debería ser lo principal que cada corazón debe procurar para sí mismo: que la vida de Dios pueda tener dominio sobre el alma. Que Cristo pueda ser formado plenamente dentro, y que podamos estar llenos de la plenitud de Dios. Esto es lo que ha prometido Dios. Esto es lo que con frecuencia el pueblo de Dios no busca como debiera, porque no cree que sea posible. Esto es lo que deberíamos buscar y atrevemos a esperar, porque Dios es capaz de hacerlo en nosotros, y espera poder hacerlo.

Pero, Dios mismo debe hacerlo. Y por ello, nuestra actividad debe cesar. Hemos de ver claramente que ha de tener lugar por completo por la fe en la operación de Dios que levantó a Jesús de los muertos, lo mismo que la resurrección, el perfeccionamiento de la vida de Dios en nuestras almas debe ser la obra directa de Dios. Y el esperar ha de ser más que

nunca un aguardar ante Dios en quietud del alma, contando con El que levanta los muertos y llama a la existencia la cosa que no existe.

Notemos cómo el uso del nombre de Dios en nuestro texto nos señala que El es aquel en quien hemos de tener toda expectativa: «Yo pongo mis ojos en Jehová, espero en el Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá». Todo lo que es salvación, todo lo que es bueno y santo debe proceder de la poderosa obra de Dios dentro de nosotros. En cada momento de una vida en la voluntad de Dios debe haber la inmediata operación de Dios. Y lo que debo hacer es esto: poner los ojos en el Señor; esperar en el Dios de mi salvación; agarrarme a la seguridad de que «el Dios mío me oirá».

Dios dice: «Estate quieto y sabe que Yo soy Dios».

No hay quietud y silencio como el de la tumba. En la tumba de Jesús, en la comunión de su muerte, en la muerte al yo con su voluntad y sabiduría, su fuerza y su energía, se halla reposo. Cuando el yo deja de hablar, y nuestra alma se halla en silencio ante Dios, Dios se levanta y se nos revela «Estate quieto y sabe», entonces sabrás que «El es Dios». No hay silencio y quietud como la que da Jesús cuando ordena: «Calla, enmudece.» En Cristo, en su muerte y en su vida, en su perfecta redención el alma puede estar quieta, en silencio, y Dios puede entrar en nosotros, tomar posesión y hacer su obra perfecta.

¡Alma mía, estate quieta delante de Dios!